

Jandro estaba muy preocupado. Siempre había tenido confianza y fe en Bel, pero todo lo último pasado le estaba poniendo a prueba. Desde la tarde noche del cumpleaños con sus amigas, llegando a su casa más allá de las una de la madrugada, que nunca lo había hecho ni le había dado ninguna explicación creíble; el dolor de cabeza cuando se acostaba, pero no cuando se levantaba; cuatro días llevaban sin hacer el amor, lo cual solo pasaba cuando ella tenía la regla, y ese no era el caso ahora; se había ausentado de su trabajo durante más de tres horas, mientras que ella le había asegurado que había permanecido todo el día en su trabajo. ¿A dónde has ido, Isabel? ¿Por qué me has dado anoche esa mala contestación cuando yo solo me interesaba por tu salud?

Todo esto hizo que a Jandro se le pusiera la mosca detrás y delante de la oreja.

Él quería a su Bel más que a su vida, pero las pruebas pesaban mucho, y él de pruebas sabía tanto como el que más. Estuvo desde las ocho hasta las doce horas entre el no y el sí, entre que no puede ser y que sí puede ser.

Al final, puesto que las evidencias apremiaban, salió de su trabajo y se fue al de su mujer. Por el camino se sacó la chaqueta y la dejó en el coche. Se puso una camiseta gris y se colocó una gorra barata que había comprado previamente. Para lo formal que era Jandro vistiendo cuando trabajaba, con traje cada día, ahora con gorra y camiseta ya era otra persona, uno más que va por la vida, que no merece mayor atención.

Aparcó cerca, desde donde podía ver la entrada y salida del trabajo de ella. Esperó.

Ella salió unos minutos antes de las catorce horas. No pasó lejos del coche donde él estaba, lo suficiente cerca para darse cuenta de que Bel iba muy cambiada.

Su mujer iba más descocada de lo que él no la había visto nunca en la calle. Falda plisada, corta, tan corta que a él le pareció que no llevara falda. Zapatos de tacón, para realzar un trasero que imponía hasta a los indiferentes. Una camisa de tirantes muy finos, con un escote de vértigo. Melena suelta. Sonrisa alegre.

Con los tíos que ella se cruzaba, la mayoría se giraban para remirlarla.

Jandro se bajó del coche y la siguió, con el disimulo que pudo, pero sobre todo con una intriga desesperante.

Él la miraba desde una cierta distancia. Aun así, se le acudió que su Bel iba por la calle sin sujetador ni braguita. Ella llegó a la calle y número de destino, confiada.

Bel sacó de su bolso unas llaves, abrió la cerradura, empujó la puerta y entró.

“*Joder, ¡tiene llaves!*” --Lloró Jandro.

Ahí comenzó a llorar Jandro. Aquí comenzaron a clavársele las espinas a Alejandro.

Cuando él llegó a la portería, salía una señora y aprovecho para entrar. No sabía el piso. Subió una planta, pero no vio nada relevante. Subió a la planta segunda, y como no supo que hacer, prosiguió una planta más arriba. En la tercera planta, empezó a oír gemidos que procedían del piso de arriba, del ático. Eran de Bell, que en esas batallas ella era bastante escandalosa, lo cual él conocía bien. Subió al ático, donde estaba la última planta y piso. Allí ya se acababa la escalera.

Los gemidos de Bel eran más audibles, tanto que eran insoportables. Se asomó a una ventana que daba a la escalera... y los vio.

Su Bel y otro tío, enzarzados en el suelo del comedor, comiéndose a besos, entregándose y vaciándose como desesperados. Cada gemido de ella, provocado por la entrada que el miembro del otro en ella hacía, era una catana que atravesaba el corazón de Alejandro.

Durante la mitad de un instante, Alejandro pensó:

“Dónde he visto a este tío”.

Pero eso no le ocupó ni le preocupó al presente, porque ahora la preocupación era Bel, mejor dicho, Isabel, porque ya no volvería a ser Bel.

Alejandro permanecía en la ventana, aguantando con desespero las puñaladas carroñeras que, con cada empujón del otro, seguido por un temblor de placer de ella, se convertían en un temblor de intenso dolor para Alejandro.

Después del atracón en el suelo del salón, Isa y su amante se vinieron al sofá, que estaba ubicado a no mucho más de un metro de la ventana donde Alejandro estaba.

Víctor y ella estaban totalmente desnudos, los dos, como un hombre y una mujer están después de una fiesta en la cama o en el suelo.

En ese tiempo, Isa se descolgó con la siguiente pregunta:

--Oye, Víctor, más de una vez me lo he preguntado. ¿Tú y yo nos habíamos visto, no sé, hace algún tiempo?

--Sí, mi amor por ti no es de ahora. --Iba diciendo Víctor sin dejar de mirarla, a veces a los ojos, a veces a otras partes. --Hace seis o siete años nos vimos en un baile. Tú bailabas con un tío, creo que es tu actual pucho, y yo bailaba con una amiga nuestra, con Laila, ¿recuerdas? Tú y yo nos miramos, nos gustamos, y yo supe que nos volveríamos a ver, que estábamos destinados la una para el otro...

--¡Anda, claro! Ahora recuerdo, y es verdad, entonces ya me gustaste, pero te perdí la pista y no supe nada de ti hasta que apareciste en la discoteca El Cielo Total. ¿Qué hiciste en todo este tiempo que no me buscaste? --Lo dejó desconcertado, Isa.

--Pues estuve por América, dedicándome a los negocios. Me acordé mucho de ti, pero no podía venir a verte, las obligaciones me lo impedían. --Soltó Víctor mentira tras mentira. Víctor mentía muy bien, por lo que sus mentiras convencían en forma fácil. Alguien le había dicho que cuando pensaba algo era que estaba confeccionando la siguiente mentira.

--Pero, tu bailabas y estabas con Laila. ¿Por qué me miraste a mí? -- Preguntaba Isa para que Víctor la piropeará y le dijera que estaba mucho más buena que Laila.

--Tú también estabas y bailabas con otro, y también me miraste a mí, aunque a ese otro no le hizo nada de gracia. ¿Qué le dijiste para que se lo tragara? --Así contraatacó Víctor, quedando Isa en una posición un tanto incómoda, y no porque supiera que su marido lo estaba oyendo, sino porque eso no se lo esperaba.

--Pues, le dije, más o menos, que te miré por casualidad. Me salí como pude.

--Pero, no fue así, no me miraste por curiosidad, porque esas miradas nunca son casuales, ni tampoco son inocentes. --Apuntaló Víctor como si estuviera en una clase de psicología.

--No, claro que no son inocentes, pero ¿Qué iba a hacer yo? Si tú me hubieras hecho alguna señal, puede que aquel día no, pero al siguiente igual sí. Después desapareciste, y hasta que volviste a aparecer, y entonces ya me rompí de tal forma que ni estando casada pude resistirme. --Concluyó Isa tras haber sufrido el mayor ataque de sinceridad de su vida.

Alejandro, detrás de la ventana, sufría, y sufría, y la maldecía:

“¿Qué estás diciendo, cabrona? --Se tragó el mismo el insulto en forma de pensamiento.

Isa se tomó una copa de vino. Víctor se tomó dos. Ella estaba encantada, radiante, feliz. Mientras tomaban el vino, Víctor sorprendió a Isa con una alianza de oro blanco, prácticamente una copia de la que ella llevaba en su dedo izquierdo como prometida de Alejandro, puesto que ella seguía con los dos anillos de prometida y de casada puestos en su dedo.

Víctor le sacó las dos alianzas; ella no se opuso, era todo inconsciencia. Su cara reflejaba un semblante de medio divertida, medio sorprendida. Tras ello, Víctor le puso la alianza suya en el dedo de ella y después le colocó nuevamente la de casada. Se levantó, se giró y metió la alianza de prometida de Alejandro en un cajón que quedaba detrás suyo, diciendo:

--Ahora llevas mi anillo de prometido, que es el bueno. El que traías no tiene ningún valor. --Los dos, Víctor e Isa, rieron satisfechos. Después Víctor le explicó que su anillo de prometido llevaba grabada, en su cara interna, la misma fecha de compromiso con Alejandro, para que ella no se sintiera incómoda y, además, justo al lado, llevaba grabada la siguiente numeración:

“0 09 0 06 0 20 21 0”.

¿Qué significaba ese código secreto de doce dígitos numéricos?

Víctor le fue descifrando a Isa, que lo escuchaba como embelesada:

--El primer cero no tiene valor, es para despistar.

--El siguiente 09 es el día actual, el día que quiero que sea el de nuestro compromiso.

--El siguiente 0 también es para confundir.

--El siguiente 06 significa el mes de junio presente.

--El siguiente 0 igualmente es insignificante.

--Los siguientes 20 y 21 corresponden con el año en curso, 2021.

--El último 0 es, asimismo, para enredar.

Eso fue lo que expresó Víctor, pero él sabía que no era así, puesto que ese código tenía otro valor muy distinto y trascendental para él.

A ella, cuando oyó eso de que el código descifrado llevaba inscrita la fecha del mismo día en que estaban, que según Víctor era la fecha del compromiso entre Isa y Víctor, aquello le levantó una ráfaga de algo que le nubló los ojos, pero embobada como estaba, se quedó en nada más, porque a su amante, media hora de descanso le había bastado para recuperarse muy bien, así que él se levantó, comenzó a tocar los pezones de Isa y su cañón comenzó a crecer y ponerse duro. El miembro de Víctor se había quedado a la altura de la cara de Bel y a un palmo de su nariz.

Isa no pudo resistirse. Volvió a subirse en un impulso con cola de caballo, le apretó su miembro con las dos manos hasta que a él se le escapó un quejido desde lo más adentro.

Víctor, con más fuerza descontrolada que ternura, la levantó, casi la empujó para que Isa se quedara a cuatro patas y, sin más preámbulos, ni preparaciones, ni postámbulos, la penetró con todo lo que tenía como un león lo hace con su leona.

Alejandro, detrás del cristal, retiró su cabeza y cerró sus ojos con rabia y desesperación incontenida. El dolor era inhumano para un hombre que adora, que adoraba, a su mujer. Un tanto vomitó. No quiso ni pudo abrir los ojos, pero sus oídos, en contra de su voluntad, seguían oyendo la furia de los golpes que Víctor daba contra las nalgas de su mujer. El amante metió su mano por delante y frotó durante un tiempo el clítoris de la amante hasta que los gritos de placer de ella se

escucharon por encima de los empujones de él, aviso de que el manantial de ella comenzaba a brotar y se hundía en el agobio.

Tras el éxtasis, Víctor, que no tenía más decencia que un cerdo, pero sí sabía encandilar a sus mujeres, pues de eso no le quedaban dudas a ninguna de las que por sus manos habían pasado, dejó descansar lo suficiente a Isa. Un tiempo después la levantó y la dejó estirada en el sofá. Víctor seguía con su motor en marcha, por eso comenzó a mover sus manos, preferentemente, por aquellas partes del cuerpo de ella para mantener su temperatura, lo cual provocó que Isa, que antes había hecho la bajada, comenzara de nuevo la subida y a jadear lentamente.

Por un rato todo estuvo sin gritos, sin signos aparatosos, momento en que Alejandro necesitó saber que pasaba y abrió sus ojos.

No pudo evitar ver que el amante levantaba las piernas de su mujer, le doblaba sus rodillas e hizo que las mismas le quedaran cerca de sus pechos.

Víctor, cuyo miembro seguía encendido porque en esta segunda sesión ya aguantaba más tiempo furioso, la penetró hasta donde pudo. A ella se le escapó un ahogo. Víctor siguió con sus idas y venidas por un tiempo largo, hasta que comenzó a sentir la llamada de la vida. Isa, quien esta vez fue ella la que metió su mano, se frotó lo suficiente hasta que de nuevo comenzó a contraerse.

Los dos gritaron escandalosamente en la descarga, hasta quedarse extasiados, mientras Alejandro, detrás de la ventana, y a no mucho más de un metro de ellos, se derrumbó en un escalón llorando más que un bebé abandonado, intentando con sus manos cerrar sus ojos y sus oídos. Por su posición respecto del sofá interior, Alejandro había tenido la desgracia de tener que ver y tragar desde la primera fila, como el miembro masculino del amante se movía y se hundía dentro del miembro femenino de su mujer, hasta que la naturaleza determinó el fin de los empujones de Víctor y de los temblores de Isa y, con ellos, el fin de las cuchilladas carroñeras y por la espalda que en igual número tuvo que sufrir Alejandro.

En esta segunda sesión, Isa se había desprendido un montón desde sus entrañas, porque las hembras tienen esta privilegiada capacidad para el goce prolongado, sublime, cuya capacidad, debido a los mandatos de la naturaleza, está muchísimo más limitada en los machos.

Cuando Isabel y Víctor se serenaron y consiguieron levantarse, ella se calzó, se vistió con su falda y su corpiño, sin otro tipo de prendas que no había traído, mientras decía.

--Tengo que ir a recoger a mis hijos, porque a ellos sí que no les puedo fallar.

Víctor e Isa se dieron un beso largo, de esos que se dan con satisfacción. Ella recogió el bolso y traspasó la puerta de salida del piso.

El salió tras ella, totalmente desnudo, en busca de otro beso. Se detuvieron en el descanso de la escalera, delante de la puerta de entrada. Se abrazaron.

Alejandro, en frente, estaba muy cerca de morirse.

Isa y Víctor se besaron con deseo.

--Me gustas muchísimo.

Víctor, acariciando la melena de ella, le dijo con voz ronca. Y se besaron con ganas.

--Tú también me gustas un montón.

Isa, le aseguró a él, viviéndolo. Se volvieron a besar con más ganas.

--Me estoy enamorando de ti.

Víctor profundizó, quien tenía sus manos sobre la cintura de ella y sus ojos revoloteando por su corpiño.

--Yo ya lo estoy de ti, más que de nadie.

Isa soltó de carrerilla.

En el viento se había oído algún aviso, bastante desesperado. Sí, se oyó algo que salió del corazón de un hombre que no estaba lejos, pero Isa y Víctor embelesados con lo suyo, no se percataron. Se besaron de nuevo con muchas ganas.

Cuando las lenguas regresaron a sus propias bocas, Víctor bajó sus manos hasta las nalgas de Isa, se las apretó como si quisiera exprimir las, y con los ojos envueltos por la lujuria, finalizó.

--Qué buenísima estás, Isa, tu marido no sabe lo que se pierde.

Víctor dijo con sentimiento eufórico.

Isa se quedó en el aire, flotando, mirando a Víctor como si fuera su salvador eterno, hasta que le contestó con entereza, pero a trozos, remarcando con intensidad aquello que decía:

--¡QUE SE JODA... EL CORNUDO... DE MI MARIDO!

No tardó en oírse en el aire un ahogo de dolor y sufrimiento inhumano.

El corazón de Alejandro se estaba saliendo a trozos por su boca y narices.

Isabel y Víctor, todavía abrazados, giraron sus cabezas para percibir de donde salía aquel llanto agónico.

Fue cuando Isabel, allí, lo vio.

Vio que su marido, Jandro, que su amado Alejandro, estaba allí delante, derrumbado en un escalón, a menos de dos metros de ellos, hundido, con sus ojos llenos de niebla, y de rabia, y de odio, y la cara contraída como la que tiene alguien que está cayendo al suelo desde el piso más alto de un rascacielos de 100 plantas.

Las miradas de Isabel y de Alejandro se encontraron.

Había helio en la mirada de Alejandro.

No se sabe lo que había en la mirada de Isabel.

Ella no pudo sostener su mirada más de dos segundos.

Sintió un escalofrío muy frío que recorrió todo su cuerpo en esos dos segundos.

Su corazón empezó a avisar de insuficiencias cardíacas.

Eran síntomas de desmayo.

Sus piernas comenzaron a mostrarse débiles.

Sus piernas perdieron toda la fuerza. Su cuerpo comenzó a resbalar hasta el suelo, quedando su espalda apoyada sobre las piernas de Víctor y su nuca apoyada en el miembro de su amante. Allí se quedó ella, casi totalmente fundida. Pudo percibir, sin embargo, como a su marido le resbalaban de sus ojos varios lagrimones redondos como nueces, grises, como si fuesen de plomo.

¡Ella nunca había visto llorar a su marido!

Al mismo tiempo, Isabel percibió que de la palma de las manos de su marido se escapaban gotas de sangre producidas por sus propias uñas al clavársele hasta los huesos de sus manos apretadas y reventadas.

La tragedia ya estaba situada encima, y por debajo, y a los lados. Los recuerdos se pueden envolver, se pueden esconder, los hechos no.

También ella alcanzó a ver como su marido, aunque con mucho sufrimiento, consiguió incorporarse bastante haciendo el avión. Comenzó a caminar como un robot, arrastrando sus pies, sin ganas de vivir. Agarrándose al pasamanos de la

escalera, fue capaz de ir bajando con un balanceo de borracho descontrolado. Hasta que, escaleras abajo, desapareció.

A Isabel comenzó a faltarle el aire. Víctor consiguió arrastrarla hasta dentro de su piso, donde estuvo tirada en el suelo por tiempo indeterminado.

La cordura comenzó a bajar de las nubes para situarse a ras de suelo.

Ella le dijo al viento, porque no iba dirigido a Víctor, de quien, fuera de la cama, nunca podría esperar mucho; tampoco lo había dirigido a Alejandro, de quien, lo había recibido todo, pero que nunca más podría esperar nada:

“Acabo de arruinar mi vida”.

Víctor, pensando en su negocio y en sus planes de futuro, le ofreció a ella.

--Quédate aquí, conmigo.

Pasó un tiempo, espeso, maloliente.

Isa con la cabeza hecha un hormiguero, le contestó a Víctor, como resoplando.

--Ya, pero tengo dos hijos pequeños, ¿Qué hago? Sabía lo que tenía que hacer en mi casa, allí todo era fácil, pero ahora... --Y reventó a llorar.

Cuando recuperó un poco la cordura, de nuevo se acordó de sus hijos. Eran las ocho de la tarde. Llamó a La Guarda, pero ya nadie contestó. Llamó al móvil de Pilar y ella sí que contestó:

--Hola, Isa. Oye, ¿qué haces? Te hemos llamado un montón de veces al móvil, pero tú nada, estabas muerta...

Isa pensó:

“Tienes razón, sin saberlo. Estoy muerta”.

Ella no quiso, no pudo entrar en más detalles, por eso se quedó un instante en blanco, sin decir nada de nada, hasta que Pilar siguió.

--Como tú no contestabas, llamamos a Alejandro, quien recogió tus hijos y se los llevó con él.

--Gracias, Pilar. Hasta mañana. --Consiguió decir Isa a punto de derrumbarse.

Ella sabía que sus hijos con su padre estarían bien. Alejandro nunca fallaba, no como ella, que no había ido a recogerlos.

“Que miserable soy, como has podido dejar tirados a tus hijos”.

Así que, sin saber qué hacer, porque para ir a su casa, a casa con Alejandro, no tenía fuerzas, ni estómago, ni intestino, inició el camino de casa de sus padres, como todos y todas, cuando conviertes tu vida en un estercolero, entonces vuelves a casa de tus padres.